

Diagnóstico o profecía*Democracia y liberalismo en el pensamiento de Juan Carlos Cachanosky*

Roberto Salinas León

Juan Carlos Cachanosky fue un pensador de referencia obligada para el liberalismo clásico latinoamericano. Si bien su trayectoria es conocida por valiosos aportes a la tradición austriaca de economía, es necesario realizar la interrogante inevitable: ¿qué pensaba Cachanosky sobre el orden político consistente con el ideal socioeconómico regido por principios de economía liberal austriaca? F.A. Hayek dedicó una parte importante de su obra a temas como la constitución de la libertad, el conservadurismo, la ley y la legislación, y sobre todo a la fatal arrogancia y los errores del socialismo. Sin embargo, a pesar de una amplia gama de reflexiones al respecto, no existe un orden político específico que emerja de este corpus. La polis ideal, para Hayek, es aquella que es consistente con las bases fundamentales del orden extendido.

Una inferencia similar se puede realizar con las ideas de Cachanosky. Sin embargo, existe un breve texto titulado “Democracia y liberalismo”, publicado poco antes de su fallecimiento, donde el autor comparte reflexiones sobre el porvenir político de nuestros países, sobre todo de su natal Argentina, donde plantea una pregunta capital para la tradición liberal clásica contemporánea: ¿cómo persuadir de manera efectiva al votante cotidiano de algo mucho más elemental que nuestras ideas, a saber, de no concentrar el poder en un solo partido?

Esta interrogante encara dilemas fundamentales que se han abordado en forma detallada por varios protagonistas de la tradición liberal moderna. Cachanosky afirma que en la medida que no se vincule “la democracia con gobierno limitado” entonces surge el fenómeno de una democracia “sin límites”, la cual lleva inexorablemente a la “destrucción de una sociedad libre”. Esta es una forma de reformular el cálculo de consenso democrático y los peligros que entraña para la sociedad abierta. Nos recuerda en forma poderosa las advertencias de Raymond Aron, quien señalaba que las virtudes de la democracia parten del principio de una competencia pacífica entre todos en el entorno político, lo que significa que cualquier persona puede competir, y en su caso triunfar, en la búsqueda del poder. Eso incluye a demagogos y políticos proclives al despotismo.

Para Aron, una dimensión esencial de la democracia es que esta es el único régimen que incita a gobernados a protestar contra gobernantes. La organización del descontento implica ventajas para los de abajo, pero inconvenientes para los de arriba, en la medida que las clases populares pueden decidir el futuro político de aquellos que viven del sistema. Un mesías salvador, un populista iliberal, o un caudillo moderno puede competir pacíficamente por el poder, convencer a la población electoral de una solución mágica a nuestros problemas (digamos, la teoría monetaria moderna, la cual propone la emisión irrestricta de unidades de cuenta ad infinitum), adueñarse del poder vía el proceso electoral, y proceder después a deconstruir los pesos y contrapesos de un régimen democrático, así como las bases de una economía abierta próspera y competitiva (alta inflación, aranceles al comercio exterior, expropiaciones, y asfixia regulatoria, entre otras medidas estatistas). Los ejemplos en épocas recientes en la región latinoamericana representan evidencia demostrable de esta tesis, los cuales también avalan los temores de Cachanosky.

Pedro Schwartz, en una célebre presentación en las reuniones del cincuentenario de la Mont Pelerin Society en 1997, compartía una reflexión similar. El poder del gobierno en el proceso democrático puede ser objeto de abuso por intereses especiales que buscan redistribuir el ingreso nacional a su favor. En ausencia de una comprensión popular generalizada sobre el proceso de mercado, sobre el significado real de una economía competitiva, persiste la amenaza tanto del estatismo como del llamado “capitalismo crony” o “capitalismo de cuates”. Raghu Rajan y Luigi Zingales, en su estupendo tratado *Saving Capitalism from the Capitalists*, afirman una posición similar. El gran reto, para ellos, es mantener la apertura a todos los posibles participantes en el mercado abierto, sobre todo el mercado de capitales. Y el gran enemigo a vencer en este desafío no es el político o el burócrata, sino el mismo actor capitalista, cuyo incentivo es manipular el proceso político para evitar la entrada libre de otros actores y otras ideas, y con ello la oportunidad de conseguir financiamiento para una nueva idea que, a la postre, pueda generar un proceso de descubrimiento, una innovación que gane “market share” o incluso desplaze a los bienes o servicios vigentes.

En conversación con Alejandro Ramírez sobre estos temas surgió una sugerencia suya sobre las reflexiones de Cachanosky: ¿son diagnóstico o profecía? Mi impresión personal es que esta disyuntiva presenta una interrogante falsa. Profecía parece no ser, puesto que el mismo temperamento intelectual del propio Cachanosky aborrecía vaticinar el futuro. Quizás, con mayor modestia, una hipótesis, pero nada más. Por otro lado, las proposiciones que desarrolla pueden calificar como un diagnóstico, aunque sujeto a grados de falibilidad, y por ende, de falseabilidad. En todo caso, ambos lados de la disyuntiva elaborada no son excluyentes.

La posición liberal más pura es no ofrecer financiamiento, favores o transferencias. Si acaso, podemos debatir con Adam Smith o el mismo Hayek sobre el grado de apoyo fiscal gubernamental a, digamos, la educación básica; o con Milton Friedman, y los “vouchers educativos” o impuestos negativos; y en un grado quizás demasiado generoso, con intelectuales como Amartya Sen, quienes condicionan la libertad humana a la igualdad de “oportunidades” como educación básica, vivienda y seguros de salud.

Pero, para Cachanosky, el gran problema reside en la voracidad fiscal de la expansión estatal. En un entorno de competencia democrática, es previsible, quizás inevitable, que surjan diversas voces prometiendo esto y aquello, y un poco más. En este proceso, la competencia triunfadora, la que tiende a maximizar votos, es la oferta que promete un universo generoso de transferencias y protecciones. El votante no está consciente de que el financiamiento es quitar de un lado para poner en otro. En materia fiscal, el gasto público (más bien, gubernamental) es un juego de suma negativa. El aumento en el gasto se puede financiar mediante el proceso inflacionario, licuando el valor del poder adquisitivo y el salario real; o, mediante nuevas tasas tributarias; o, el que ahora es instrumento favorito del político moderno, por medio del endeudamiento público.

En los tres casos, sin embargo, no hay almuerzos gratis. James Buchanan lamentaba, como alude Cachanosky, que el ser humano busca la protección de su entorno sobre la libertad de elegir. El himno de la modernidad es “encárgate de mí”. Las promesas del político iluminado de ofrecer salud gratuita, educación continua, o vivienda popular, no van acompañadas de una explicación sobre la forma en la cual se pretende financiar estas propuestas de “justicia social”. El régimen peronista en Argentina, y el populismo kirchnerista que lo siguió, perfeccionaron el abuso total del clientelismo financiero para consolidar popularidad democrática y permanecer en el poder. El resultado fue un ciclo vicioso de alta inflación y estancamiento económico, en medio de una creciente corrupción y búsqueda de rentas—hasta que el vox populi logró identificar que “no hay plata” y que un fuerte ajuste macroeconómico era condición necesaria para recuperar un futuro de mayor certidumbre.

México, en épocas recientes, ha seguido a la letra una trayectoria similar. Andrés Manuel López Obrador, o AMLO, logró conquistar el poder político mediante una competencia democrática, con una lista de promesas que combinaba el desarrollo de obras de infraestructura faraónicas, junto con una extensa gama de subsidios directos a clientelas políticas—grupos de la tercera edad, madres solteras, o jóvenes que ni estudian ni trabajan (los llamados “ninis”), entre varios otros. El resultado, desde 2018 a la fecha, ha rendido frutos de popularidad—pero a costa de un aumento vertiginoso de la deuda gubernamental, la cual se ha duplicado en ese periodo de tiempo, llegando a niveles arriba del 60% del ingreso nacional. Este curso es insostenible, a menos que se hagan ajustes que pongan en riesgo las promesas y las prebendas.

Más allá de números y porcentajes, hay un principio fundamental que Cachanosky reconoce. El político liberal no puede, ni debe, aceptar un entorno de expansión fiscal: “el gasto público creciente no es sostenible si no hay ingresos reales crecientes”, asunto que resulta “difícil” ante el compromiso de seguir financiando subsidios y otorgando privilegios. Pero estos argumentos, y otros, parecen ser insuficientes para convencer a los votantes. Ese es, entre otros, el dilema del político liberal: si cede, sacrifica principios; pero si mantiene firme su postura, pierde votos ante la orgía de promesas de sus adversarios. Véase el ejemplo reciente de Trump 2.0: si votas por los republicanos, te premio con un cheque de 5,000 USD—pase lo que pase en el futuro. En el otro lado del espectro político estadounidense, vemos el mismo fenómeno: “democratic socialists” que prometen transporte gratis, supermercados gratis, cuidado de niños gratis, y mucho más. En una democracia sin contrapesos, fincada en maximizar votos mediante fantasías financieras, los populismos tienden a socavar los principios.

Esta proposición, ¿es un diagnóstico, o una profecía? Quizás se requiere algo más que la ruta del aprendizaje popular mediante un futuro ajuste fiscal, que por fin reconozca, mediante el dolor de una contracción y la pérdida de poder adquisitivo, lo que toda mater familias conoce bien—no se puede gastar más de lo que se tiene, o por lo menos no se puede sin pagar las consecuencias en el futuro. El chileno Ignacio Briones ha ideado un argumento muy creativo para analizar el caso de la deuda pública, apelando a la metodología del velo de la ignorancia de John Rawls. La contratación de deuda pública para financiar la expansión de gasto público simplemente difiere la carga tributaria a futuras generaciones. El derroche de hoy lo financian erarios inexistentes, los tataranietos fiscales que en un momento de su vida productiva tendrán que pagar los derroches del pasado. Buchanan, ya en sus últimos años de vida, incluso denunció el aumento de deuda pública como “inmoral”, puesto que no puede haber ni cálculo ni consenso con seres que todavía no son parte de nuestro mundo, y por ende de un proceso democrático. Briones, entonces, nos invita a imaginar la “regla de justicia fiscal” que seres elegirían si estuviesen detrás de un velo de ignorancia intergeneracional. Si una persona P no sabe en qué generación se va a ubicar, ya sea hace un siglo, en la actualidad, o en doscientos años, ¿qué regla escogería? En el criterio de prudencia minimalista que usa el propio Rawls, Briones afirma que P elegiría una regla que minimice la posibilidad de vivir en una generación obligada a

pagar los despilfarros de generaciones anteriores. En resumen: a P le puede ir bien, vivir en una generación de subsidios y clientelas y privilegios; pero le puede ir mal, y entonces trabajar durante su vida en una generación para financiar los tributos necesarios que se requieren para pagar los subsidios y las rentas clientelares de generaciones pasadas. La justicia fiscal, detrás de un velo de ignorancia, sugiere una regla que evite que a P le vaya mal—una regla de prudencia fiscal, de no gastar más de lo que se tiene.

Me parece que la tradición liberal requiere de argumentos de esta especie—usar imaginación y evidencia a la vez para persuadir tanto al político como al votante que la propuesta liberal es correcta. Y ello convierte las advertencias de Cachanosky en diagnóstico, y no en profecía. Otra propuesta de reforma liberal similar en espíritu a la de Cachanosky es la idea de reconocer derechos de propiedad individualizados en el subsuelo, mediante fondos soberanos ciudadanos que empoderen a ciudadanos “soberanos” con el derecho de propiedad sobre la (minúscula) parte proporcional de un fondo, cuyo mandato sea generar la mayor riqueza posible de los recursos en el subsuelo. El gran problema en nuestra región latinoamericana es que el subsuelo es, en jurisdicción constitucional, propiedad del “pueblo” o de “la nación”. Y lo que es propiedad de todos de jure es, o suele ser, propiedad de nadie de facto. El Premio Nobel de Economía Vernon Smith ha recomendado, para nuestros casos, emular el exitoso caso del Fondo Permanente de Alaska, como una estrategia creativa para reconciliar el nacionalismo popular alrededor de recursos naturales en el subsuelo (sobre todo hidrocarburos) con un enfoque moderno de mercados de energía y mercados de minerales abiertos, que permitan cumplir con objetivos como transparencia, competitividad y mayor flujo de inversión en toda la cadena productiva de los sectores relevantes. La única forma de cumplir con el mandato de aumentar la riqueza del fondo ciudadano, y generar los mejores resultados a sus accionistas (todos los ciudadanos), es por medio de la apertura de mercados de exploración y explotación, con reglas claras y sencillas que puedan atraer inversión productiva—y así aumentar la riqueza patrimonial del fondo.

En el mediano plazo, con los recursos acumulados vía regalías y contratos de riesgo compartido, el fondo puede iniciar distribuciones de dividendos ciudadanos a los dueños del fideicomiso—no como resultado de la generosa gracia del ogro filantrópico estatal, sino producto de un derecho de propiedad individual bien definido. Esto sucede en la actualidad en Alaska, donde actuales ciudadanos reciben un dividendo en efectivo anual; y en Noruega, donde el esquema es uno que financia la pensión de ciudadanos presentes, y también futuros. Noruega no tiene un problema de “unfunded liability” en su esquema de seguridad social.

Hay varios otros ejemplos que se pueden compartir para demostrar que el dilema del político liberal ante los populismos modernos no es “liberalismo o desastre”. Si bien Cachanosky no defiende esta postura, sí se inclina por una sola alternativa—la “única manera” de que las ideas liberales logren terreno en el campo democrático es que la gente cotidiana entienda que “el mejor ‘Estado Benefactor’ es el que menos interviene”. La evidencia empírica sugiere un panorama desalentador. Según el Informe sobre Democracia y Desarrollo 2026 de las Naciones Unidas, la satisfacción con el funcionamiento de la democracia en América Latina cayó de 56.2% a 38.4%; la confianza en las autoridades electorales pasó de 47% en 2016 a 34% en 2024; y la proporción de latinoamericanos a quienes les da lo mismo un régimen democrático versus un régimen autoritario subió de 15.8% a 25.2%. Aquí, como bien sugiere Alejandro Ramírez, podemos leer a Cachanosky como profeta.

Buchanan se destacó, ya en su obra final antes de fallecer, por defender la tesis de que se requería “rescatar el alma del liberalismo clásico”. Plantea un desafío que busca fines similares ante los dilemas que postula Cachanosky con el político liberal. Nos dice:

Nosotros, como liberales genuinos, hemos fallado en rescatar el alma del liberalismo clásico. Los libros y las ideas son necesarios, pero no son suficientes para asegurar la viabilidad de nuestra filosofía. No, más bien, el problema reside en la presentación del ideal. Mi tesis más general es que el liberalismo clásico no logrará reunir suficiente aceptabilidad pública si sus defensores se limitan al mero pragmatismo que se concentra en la pregunta “¿funciona o no?”. Se requiere una visión, un ideal. Si el ideal no se encuentra, habrá un vacío; y otras ideas llegarán para llenarlo. [traducción propia, énfasis propio].

El problema del liberalismo, según este análisis, reside en la “presentación del ideal”. Buchanan afirma categóricamente que los liberales modernos han “fracasado” en construir una visión que logre “aceptabilidad pública”. No creo que esta forma de formular el dilema del liberalismo logre escapar de las advertencias de Cachanosky en relación con el porvenir de las ideas de la libertad en una democracia ilimitada. El “alma del socialismo”, para usar la misma terminología de Buchanan, promete el cielo en la tierra: redistribuir la abundancia, instaurar una utopía de igualdad, lograr encargarse de todos los animales de la granja, bajo una previa concepción de cómo se debe vivir la vida. Esto es, dice el populista iliberal, respetar los deseos del “pueblo bueno y sabio”.

Cachanosky parece compartir un sentimiento similar al de Buchanan, cuando advierte:

Los “argumentos” liberales por más claros que sean no son suficientes. El “argumento” socialista es tanto más poderoso como falso. Pero gana votos. Entonces algunos liberales frustrados empiezan a ceder y a ceder en principios para ganar votos y llegar al ansiado poder. (énfasis propio)

La democracia contiene “el germen” de su propia destrucción. Argentina, a partir del ascenso de Javier Milei, parece representar un ejemplo de que sí se puede convencer al electorado de las bondades de una polis liberal, de que sí hay forma de lograr la “aceptabilidad pública” que exige Buchanan. Mi hipótesis es que Cachanosky hubiera interpretado este inusual “momento liberal” con cautela epistémica. Falta mucho camino por recorrer, a pesar de la desinflación, a pesar de la desregulación, a pesar de los esfuerzos de apertura comercial. Y falta, nuevamente, ver cómo se comporta el actor electoral en futuros episodios de competencia democrática. Si acaso sabemos algo, es que las sirenas de redistribuir la riqueza seguirán su falso canto socialista. ¿Profecía?

El dilema que plantea Cachanosky parece fulminante, y por ello tiende en la superficie hacia una profecía: la pureza sectaria versus la rendición oportunista de principios (palabras de Alejandro Ramírez). Al final, algo de esperanza reside en lo que Cachanosky celebró en letra, vida y legado: la educación. Su texto concluye diciendo:

Sólo es cuestión de paciencia y que una persona o grupo de personas tenga la claridad de ideas, la capacidad de transmitir las con sencillez, que tenga el carisma y que tenga el coraje de ganar votos explicando sus ideas y no renunciando a ellas.

Para algunos esta esperanza puede reflejar un optimismo sin causa o consecuencia. Otros dirían que sí se puede, que existen ejemplos de políticos con ideas claras y capacidad de comunicación popular. Milei es un caso reciente. También lo fue, en su momento, el caso de mi propio país, México, al entrar en un acuerdo de libre comercio en América del Norte. Treinta años después, México se convierte en el principal socio comercial de EUA, algo impensable hace apenas unos lustros. Cachanosky claramente no propone una condena, menos un determinismo iliberal. Es un desafío de paciencia y de cosechar la curva de aprendizaje de aceptabilidad pública. Eso solo se logra, según Cachanosky, mediante la educación: repetir, repetir, repetir.

Pero me parece que, además de “paciencia” y “claridad de ideas”, se requiere, o por lo menos es preferible, que el político liberal exhiba un temperamento liberal. Cachanosky lamenta que hay que invertir mucho tiempo en explicar qué no es liberalismo, que tal o cual político no era realmente liberal, que políticas presumiblemente de mercados, como fueron los procesos de privatización en varios países latinoamericanos, eran en el fondo arreglos privados entre clientelas capitalistas y miembros de la cúpula del poder. Esta queja, si bien legítima, se puede interpretar como síntoma de una posición sectaria. Cada liberal moderno, dice un colega anónimo, es, a la vez, participante de una herejía y parte de una secta. Herejía ante el mundo, que lo trata como un fenómeno desviado; secta hacia adentro, ocupada en depurar los elementos que permitan darle pureza doctrinal a sus principios. Es un dilema inevitable, que constituye esencia y consecuencia de la educación de principios liberales.

¿Qué sucede cuando un político que se profesa liberal procede a ejecutar reformas que, en teoría, se asemejan al ideario liberal? Ha sucedido, en Chile, Argentina, México y otros países de la región, que llegan funcionarios con su batería de conocimientos adquiridos en universidades especializadas, pero con temperamento de tecnócrata superior, y sobre la base de un “consenso” o modelo preconcebido emprenden reformas en el plano tributario, o construyen un plan nacional de desarrollo. Reformas basadas en la fatal arrogancia de imponer una transformación de arriba hacia abajo, la cual, cuando fracasa o no rinde los frutos esperados, se convierte en fuente de desprestigio para el mismo ideario liberal. La ley de convertibilidad en Argentina parecía una medida extraordinaria, hasta que dejó de serlo, hasta que no se siguió a la letra el “hard constraint” fiscal que se requería. O, la propuesta de impuesto único en México, que se implementó con fines de recaudación tributaria, no con fines de mayor simplificación, y acabó exacerbando la vasta complejidad del laberinto tributario en ese país. De estos casos y muchos más, surgió el mito genial de la “larga noche neoliberal” en la región—una devaluación de ideas y conceptos, justamente por no observar los peligros de una hubris intelectual fincada en que los funcionarios iluminados saben más, mucho más, que todos los actores en un proceso dinámico de mercado.

Pero este dilema tiene salida, según nuestro criterio, si interpretamos al liberalismo como un temperamento ante el conocimiento, una actitud humilde que exige reconocer nuestros límites, que demanda a la vez lo que Bill Emmott caracterizó como “la cacería de farsantes”, es decir, la permanente exhibición de aquellos que prometen la redención al instante una vez logren el poder político. Ello implica reconocer que la versión clásica de la libertad descansa en el principio de que la elección de un proyecto de vida es consecuencia de individuos que deciden en forma libre y voluntaria, y que el acto de elección es legítimo en la medida que se respeten los derechos de terceros. Empero, si en el plano político, la disputa se convierte en un concurso entre ideales de redención, la probabilidad de que el temperamento liberal de “dejar ser y dejar trabajar” triunfe sobre la fantasía constructivista de erigir una “sociedad nueva” es prácticamente nula.

Algunos destacados académicos recurren al silencio en la plaza pública. No vale la pena, para ellos, transitar un terreno de confrontaciones sin sentido, donde explicar y convencer conlleva un logos, pero mucho más un pathos. Como señala Alejandro Ramírez, en conversación sobre el tema, la finalidad de la tarea liberal es no permitir imponer un fin a la conversación de la sociedad con las ideas y con la historia. Bajo esa medida, la “victoria”, un tanto pírrica pero victoria al fin y al cabo, consiste en que la conversación siempre siga abierta—y eso es precisamente lo que le da sentido a la vocación de la educación que Cachanosky celebra. El silencio es un grave error táctico, ya que es equiparable a rendirse ante el adversario: jamás podré cambiar las cosas, la paciencia es pérdida de tiempo. Mejor me escondo en mi paradigma, mi lenguaje especializado, mi terreno conocido.

No solo es, creo, un tema de educación—una vocación que caracterizó la vida y obra de Juan Carlos Cachanosky, y que le ganó admiración entre colegas, admiradores e incluso adversarios. Me atrevo a decir que debemos reflexionar sobre la propia naturaleza de la educación para que la esperanza de Cachanosky se convierta en una propuesta creíble. En la filosofía clásica de John Henry Newman, por ejemplo, el ideal de la educación reside en la formación de un “gentleman” o una persona gentil, capaz de escuchar, dialogar y estudiar varias disciplinas a la vez, como economía política, jurisprudencia, economía y lógica, incluso cuando estas puedan parecer irrelevantes para las necesidades inmediatas de una vocación específica. La misión de los educadores debe ser, en esta visión, continuar lo que se enseña en el hogar: fomentar una cultura por la búsqueda del conocimiento, y la formación de valores que den sentido a nuestras actividades diarias. De esta forma se sostiene una cultura de la libertad: con el intercambio de puntos de vista, cualquiera que sea, sin imposición ni esfuerzos por bloquear el camino hacia la investigación. Otro gran filósofo de la educación, Michael Oakeshott, nos invitaba a considerar la educación liberal como una actividad sin misión fundacional, como un ejercicio perpetuo para fomentar el pensamiento crítico y la conversación. Para Oakeshott, la idea de un propósito prefabricado contradice el espíritu de la indagación abierta e incluso la lógica del descubrimiento científico. Una conversación permite la aparición de “cisnes negros”, y la contribución de la imaginación a la búsqueda del conocimiento. Un científico o un economista bien formado también puede resultar un tirano absoluto. La universidad, como comunidad, debe resistir la instrumentalización de la educación, permitiendo que el diálogo abierto y la conversación actúen como “frenos” frente a quienes pretenden imponer el pensamiento por la fuerza.

En este sentido, la educación no es simplemente la asimilación de información; puede no tener un propósito amplio, es más bien ejercicio de exploración intelectual. La educación concebida como sociedad civil obliga a los participantes de la conversación a pensar, a refutar, a aceptar cambios de opinión y revisiones, es decir, a educarse. La humildad es la marca de un “gentle person” comprometida con la educación liberal. Este marco (si es que puede llamarse así) es la antítesis del arquetipo ideológico de los políticos que buscan imponer su visión de cómo vivir la vida sobre otros, explotando la polarización y abusando de la posverdad para maximizar votos en la contienda electoral. El rigor, la evidencia y el escrutinio son ingredientes clave de un diálogo informado, basado en reglas de civilidad, y en un temperamento liberal.

El objetivo de la educación en una sociedad libre no es descubrir la voz auténtica ni reducir los asuntos cotidianos a una fórmula única. Es, ni más ni menos, mantener viva la conversación. Una revolución en la educación debe ser precisamente eso: una re-evolución hacia nuestras raíces, donde la libertad de opinión sea sagrada, pero donde la opinión deba avanzar sobre la base de lógica y evidencia. Es justo esta disposición la que reconoce que ninguna voz puede tener un acceso privilegiado a la realidad, o un monopolio sobre la verdad. Y es esta disposición lo que nos permite reconocer la importancia de la “paciencia” para que los líderes del futuro puedan escapar de la cueva platónica, logren esa “claridad de ideas”, y acumulen “el coraje de ganar votos explicando sus ideas,” jamás “renunciando a ellas”.

Roberto Salinas León es director de asuntos internacionales de la Universidad de la Libertad, y Senior Fellow para América Latina de Atlas Network.